

## BERTA

---

Mi viejo amigo (á veces tiene uno amigos de mucha más edad que él), mi viejo amigo el doctor Bonnet, me había invitado varias veces á pasar unos días en su casa, en Riom. No conocía yo la Auvernia y me decidí á visitarle á mediados del verano de 1876.

Llegué en el primer tren, y la primera cara que vi en el andén fué la del doctor. Vestía éste de gris y llevaba un sombrero de fieltro negro de anchas alas, cuya copa, muy alta, se estrechaba hacia arriba; un verdadero hongo de auvernés ó de carbonero. Vestido de aquel modo, el doctor parecía un viejo joven, con su cuerpo esbelto enfundado en una americana clara, y su gran cabeza cubierta de pelo blanco.



Me abrazó con esa efusión de los provincianos que ven llegar por fin á un amigo largo tiempo esperado y deseado, y extendiendo el brazo y señalando en torno: «¡He aquí la Auvernia!» exclamó con orgullo. Yo sólo veía una línea de montañas, cuyas cimas, parecidas á conos truncados, debían ser antiguos volcanes.

Luego, indicando con el dedo el nombre de la estación, pronunció: «Riom, patria de los magistrados, orgullo de la magistratura, que mejor debiera ser la patria de los médicos.»

—¿Por qué?—pregunté.

Y me contestó riendo:

—¿Por qué? Leed al revés este nombre y tendréis *mori, morir...* He ahí por qué, joven, me he instalado en este país.

Y encantado de su broma, me llevó hacia la ciudad.

Apenas hube tomado una taza de café con leche, fuimos á visitar la ciudad vieja. Admiré la casa del boticario y las demás casas célebres, negras todas, pero lindas como juguetes, con sus fachadas de piedra esculpida. Admiré la estatua de la Virgen, patrona de los carniceros, y me explicaron acerca de ella una anécdota que contaré en otra ocasión. Después el doctor, me dijo:

—Ahora le ruego que me espere cinco minutos para ir á visitar á una enferma, y le llevaré al cerro de Chatel-Guyon, á fin de enseñarle, antes de almorzar, el aspecto general de la ciudad y toda la cordillera de Puy-de-Dôme. Puede aguardarme paseando por la acera; subo y bajo.

Me dejó frente á uno de esos viejos caserones de provincia, sombríos, cerrados, mudos, lúgubres. Pero aquel me pareció tener una fisonomía particularmente siniestra, y pronto averigüé la causa de ello. Todas las ventanas del primer piso estaban cerradas hasta la mitad por gruesas planchas de madera. Unicamente se abría la parte superior, como si se hubiese querido evitar que los seres encerrados en aquel vasto cofre de piedra miraran á la calle.

Cuando bajó el doctor le expliqué lo que había observado. Y me contestó:—No se engaña usted; el desdichado ser que se encierra ahí dentro, no debe ver jamás lo que pasa en la calle. Es una loca, ó, por mejor decir, una idiota, ó una simple, lo que vosotros los normandos llamáis una *niente*. ¡Ah! Es una historia tremenda y al propio tiempo un curioso caso patológico. ¿Quiere usted verlo?

Acepté y repuso:

—Hace unos veinte años los propietarios de este



palacio, clientes míos, tuvieron una hija, parecida á todas las niñas.

Pero pronto noté que si el cuerpo de la pequeña se desarrollaba bien, su inteligencia permanecía inerte.

Anduvo muy pronto; pero no habló.

Creí que era sorda, mas después comprobé que oía perfectamente, pero que no comprendía. Los ruidos violentos la estremecían y aterrorizaban sin que se diese cuenta de sus causas.

Creció; era robusta, magnífica, pero muda, muda por falta de inteligencia. Probé distintos medios para que penetrase en aquella cabeza alguna luz; imposible. Me había parecido que reconocía á su nodriza; pero una vez destetada no conocía á su madre. No supo nunca decir esta palabra, la primera que murmuran los niños, la última que pronuncian los soldados moribundos en el campo de batalla: «¡Mamá!» A veces trataba de balbucir; pero en vano.

Cuando hacía buen tiempo reía de continuo lanzando ligeros gritos que parecían la charla de un pájaro; si llovía, lloraba y gemía de un modo lúgubre, desconsolado, como los perros que llaman á la muerte.

Le gustaba revolcarse por la hierba como á los cachorros, y correr como una loca, y palmoteaba por las mañanas al ver que el sol penetraba en su cuarto. Cuando abrían la ventana palmoteaba y se agitaba en la cama para que la vistieran en seguida.

No parecía conocer á nadie y lo mismo acogía á su madre que á la camarera, á su padre que á mí, al cochero que á la cocinera.

Yo estimaba á sus padres, que tan desgraciados eran, y casi cada día iba á verla. Comía á menudo en su casa, y esto me permitió observar que Berta—así se llamaba—parecía distinguir unos platos de otros y preferir algunos.

Tenía entonces doce años y estaba desarrollada como una joven de dieciocho y era más alta que yo.

Se me ocurrió la idea de desarrollar su glotonería y obligar así á su mente á fijarse en algo, á distinguir los gustos y obligarla así, no diré á razonar, pero sí á un trabajo material de instintivas elecciones.

Se debería luego, valiéndose de sus deseos, y escogiendo con cuidado los que pudiesen servirnos,



obtener una especie de llamamiento á su inteligencia y aumentar así, poco á poco, el insensible funcionamiento de su cerebro.

Un día coloqué delante de ella dos platos, uno de sopa y otro de crema de vainilla, muy azucarada. Le hice probar ambos guisos alternativamente y luego dejé que escogiera. Comió la crema.

En poco tiempo la hice muy golosa, hasta el punto que sólo parecía pensar, ó desear comer. Conocía perfectamente los platos que le gustaban y se apoderaba ávidamente de ellos. Lloraba cuando se los quitaban.

Pensé entonces en enseñarle á acudir al comedor al oír el toque de la campana. Me costó; pero lo conseguí. Se estableció, á no dudarlo, una especie de correlación entre el sonido y el gusto, ó bien una relación entre los dos sentidos y por consiguiente un encadenamiento de ideas—si se puede llamar idea esta especie de eslabón instintivo entre dos funciones orgánicas.

Llevé aún más lejos mi experimento, y le enseñé, con gran trabajo, á conocer la hora de las comidas por medio del reloj.

Durante mucho tiempo me fué imposible llamar su atención hacia las agujas; pero conseguí que se

fijara en el ruido del timbre que daba las horas. El medio empleado fué sencillo; suprimí la campana y todos se levantaban é iban al comedor cuando el reloj daba las doce.

En vano procuré hacerle contar las campanadas. Cada vez que oía dar una hora se precipitaba hacia la puerta, pero poco á poco debió darse cuenta de que todas las campanadas no tenían el mismo valor respecto de las comidas, y su mirada, guiada por su oído, se fijó á menudo en el cuadrante.

Al notarlo, fué cada día, á las doce y á las seis en punto, á poner el dedo en la cifra doce y en la cifra seis; fijábase Berta y pronto noté que seguía atentamente la marcha de las agujas de cobre, que había hecho girar muchas veces en su presencia.

¡Había comprendido! Conseguí hacer penetrar en ella la sensación ó el conocimiento de la hora, como se consigue que lo tengan las carpas sin necesidad de cuadrante, dándoles de comer cada día en el mismo instante.

Una vez conseguido tal resultado, todos los relojes de la casa ocuparon exclusivamente su atención. Pasábase el tiempo mirándoles, escuchándoles, esperando las horas. Y sucedió una cosa muy graciosa. El mecanismo del timbre de un bonito reloj que



tenía Berta sobre la cabecera de su cama se descompuso y ella lo advirtió. Hacía ya veinte minutos que habían dado las diez y el timbre no sonaba. Cuando vió que las agujas continuaban moviéndose, quedó mirando el reloj con un estupor como el que nos sobrecoge ante una catástrofe imprevista. Tuvo la paciencia de esperar que dieran las once, y al ver que nada ocurría le dió un raptó de cólera y cogiendo un hierro de la chimenea rompió en un momento el reloj.

Su cerebro funcionaba, pues, aunque de un modo muy deficiente y en un límite muy reducido, ya que no conseguía hacerle conocer las personas como conocía las horas. Era preciso, para obtener de ella un destello de inteligencia, hacer un llamamiento á sus pasiones, en el sentido material de la palabra.

Bien pronto tuvimos, por desgracia, una nueva prueba de ello.

Se había convertido en una mujer admirable; era un ejemplar magnífico de la raza humana, una Venus hermosísima y estúpida.

Tenía dieciséis años y nunca había visto semejante perfección de formas, regularidad tan admi-

nable de facciones. Era una Venus rubia, vigorosa, de ojos azules, con una boca cuyos labios rojos y carnosos parecían hechos para el beso.

Un día su padre entró en mi casa con expresión preocupada, y me dijo sin contestar siquiera á mi saludo:

—He de hablarle de un asunto muy grave... ¿Podríamos... cree usted que podemos casar á Berta?

Quedé admirado y contesté:

—¿Casar á Berta?... Imposible...

—Sí... ya sé... pero reflexione usted, doctor... es que... pensábamos con su madre... si tuviera un hijo... sería para ella una gran dicha... una gran impresión... y ¿quién sabe si su espíritu despertaría con su maternidad?...

Quedé perplejo. Quizá sí. Quizá ante una cosa que removería su sér, despertara ese admirable instinto maternal que lo mismo palpita en el corazón de las bestias que en el de las mujeres, y al propio tiempo, removiendo aquella cabeza inerte, pusiera en marcha el mecanismo inmóvil de su pensamiento.

Recordé en seguida un caso parecido. Tenía, años atrás, una perrita de caza muy torpe, tanto, que no podía enseñarla. Cuando tuvo cachorros, fué mucho más inteligente que antes.



Apenas recordé aquello, pensé que quizá convenía casar á Berta. Además del interés que me inspiraban ella y sus padres, me movía una gran curiosidad científica.

Contesté, pues, á su padre:

—Quizá tiene usted razón. Se puede probar... pero... pero no hallará usted un hombre que se preste á ello.

Dijo á media voz:

—Ya lo hallé.

Permanecí asombrado.

—¿Alguien presentable?—exclamé.—¿Un marido educado, instruído?

—Sí, como usted dice.

—¡Ah! Y... ¿puedo saber su nombre?

—Sí, venía precisamente para decírselo y consultarle á usted. Es Gastón du Boys de Lucelles.

Poco faltó para que exclamase: «¡miserable!»; pero me contuve y dije:

—Sí; no veo inconveniente alguno.

El pobre hombre me estrechó las manos.

—La casaremos el mes que viene—dijo.

El futuro esposo de Berta era un perdido de buena familia que, después de gastarse la herencia paterna y contraer deudas de esas que avergüenzan, buscaba un medio cualquiera para obtener dinero.

Y había encontrado aquel.

Buen mozo, robusto y sano, era uno de esos odiosos calaverones provincianos, y me pareció que sería un buen marido por una temporada, pudiendo después desembarazarse de él mediante una pensión.

Acudió, pues, á la casa á cortejar la pobre idiota, que, por otra parte, y de momento, le gustaba. Traía flores, se sentaba á sus pies, le besaba las manos y la miraba con cariño; pero ella no se cuidaba de sus atenciones ni se fijaba más en él que en los demás.

Se celebró el matrimonio.

Debe usted comprender cuán viva era mi curiosidad.

Al día siguiente fui á visitar á Berta para ver si su rostro delataba alguna emoción nueva. Pero me



pareció lo mismo que los demás días, preocupada únicamente del reloj y de la comida. El, en cambio, parecía enamorado y trataba de excitar la risa y la afección de su esposa, jugando con ella como si fuese un gatito.

Aquello le parecía lo mejor.

Frecuenté mucho la casa y pronto noté que Berta reconocía á su marido y le lanzaba aquellas miradas codiciosas que antes guardaba para los platos de dulce.

Seguía todos sus movimientos, conocía el ruido de sus pasos en la escalera ó en las habitaciones cercanas, palmoteaba al verle entrar y su rostro transfigurado, se iluminaba con una llama de dicha y de deseo.

Le amaba con todo su cuerpo, con toda su alma, con su pobre alma enferma, de todo corazón, con su pobre corazón de animal reconocido.

Era verdaderamente una imagen admirable y cándida de la pasión franca y sencilla, de la pasión carnal y púdica sin embargo, tal como la naturaleza la puso en los seres, antes de que el hombre la complicara y desfigurara con todos los matices del sentimiento.

Pero él se cansó bien pronto de aquella hermosa

criatura ardiente y muda. Sólo pasaba algunas horas del día á su lado, pues le parecía suficiente dedicarle las noches.

Berta empezó á padecer.

Le esperaba desde la mañana á la noche, con la mirada fija en el reloj, no pensando siquiera en las comidas, pues él comía siempre en los restaurants para no hacerlo en su casa.

Enflaqueció la cuitada.

Todo otro pensamiento, ó deseo, ó anhelo, se borraron de su alma; y las horas en que no le veía eran para ella un atroz suplicio. Pronto empezó Gastón á volver á la madrugada. Pasaba las veladas en el casino de Royat, con mujeres, y sólo volvía con el alba.

Ella se negaba á meterse en cama antes de que él llegase. Permanecía inmóvil en una silla, con los ojos fijos obstinadamente en las agujas de bronce, que se movían con lentitud desesperante, marcando una á una las horas del gran cuadrante de porcelana.

Al oír desde lejos el trote de su caballo, se levantaba bruscamente, y cuando entraba en el cuarto señalaba con trágico ademán el reloj, como para decirle:



—¡Mira cuán tarde es!

El empezaba á sentir miedo ante aquella idiota enamorada y celosa; se irritaba á fuer de bruto. Una noche le pegó.

Vinieron á buscarme. La hallé furiosa, en una tremenda crisis de dolor, de pasión, de cólera, ¿qué sé yo? ¿Quién puede saber lo que pasa en esos cerebros rudimentarios?

La calmé con inyecciones de morfina y prohibí que volviese á ver al bruto de su marido, pues comprendí que el matrimonio la llevaría á la muerte.

¡Entonces enloqueció! Sí, amigo mío, la pobre idiota está loca. Piensa siempre en él, le espera de continuo. Le espera de día y de noche, despierta y dormida, sin cesar. Como la veía enflaquecer y su mirada no dejaba un momento la esfera de los relojes, hice quitar de la casa todos estos instrumentos de medir el tiempo. Así le quité la posibilidad de contar las horas y de buscar sin fin, en oscuras reminiscencias, en qué momento volvía en otro tiempo Gastón. Espero que, á la larga, mataré en

ella el recuerdo, extinguiré esa chispa de pensamiento que desperté con tanta pena.

El otro día probé un experimento. Le entregué mi reloj. Lo tomó, lo miró durante un rato y luego empezó á gritar de un modo espantoso, como si la vista de aquel pequeño mecanismo hubiese despertado de pronto su memoria, que empezaba á desaparecer.

Ahora está flaca, flaca como un esqueleto, con los ojos hundidos y brillantes. Y anda de continuo, como las fieras enjauladas.

He hecho poner rejas en las ventanas, colocar maderas que las cierren en su parte inferior y clavar las sillas en el suelo, á fin de que no pueda subirse y asomarse para ver si llega el que espera.

¡Pobres padres! ¡Qué vida tan triste pasan!

Habíamos llegado á la colina; el doctor se volvió y dijo:

—Mire usted Riom desde aquí.

La población, negra y sombría, presentaba el aspecto de las viejas ciudades. Detrás, hasta donde alcanzaban los ojos, se extendía una llanura verde, arbolada, sembrada de aldeas y ciudades, bañada



por una fina niebla azul que encantaba la vista. A la derecha, á lo lejos, se erguían altas montañas de cumbres redondeadas ó como cortadas á cercén de un revés de espada.

El doctor enumeró los pueblos y las cimas, contándome la historia de unos y otras.

No le escuchaba. Mi pensamiento estaba fijo en la pobre loca. Me parecía cernerse como un espíritu siniestro sobre aquella vasta comarca.

Y le pregunté bruscamente:

—¿Qué se ha hecho del marido?

Mi amigo, después de vacilar, contestó:

—Vive en Royat de la pensión que le pasan sus suegros. Es feliz; pasa la vida en francachelas.

Mientras volvíamos lentamente, ambos entristecidos, pasó una *charrette* inglesa al trote rápido de un caballo de pura raza.

El doctor me cogió el brazo.

—Hele aquí—dijo.

No ví más que un sombrero de fieltro gris puesto de medio lado, sobre unos anchos hombros, huyendo entre una nube de polvo.

YVETTE

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN  
BIBLIOTECA HISTÓRICA

MONTANAZZOLI, MEXICO